

LUIS LÓPEZ DE MESA Y SU LIBRO «COMO SE HA FORMADO LA NACIÓN COLOMBIANA», por *Luis Enrique Osorio*. (1)

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO

¿Será posible pertenecer a determinada generación?...

Creo que esto depende del sentido que se imprima a dicho vocablo.

Si por generación se entiende el grupo de individuos que han nacido en determinada época, puede afirmarse que cada año, cada mes, y aun cada minuto viene al mundo una nueva juventud.

Pero si damos a la palabra en cuestión un sentido de cultura, de mentalidad de etapa ideológica y económica, entonces no cabe duda de que hay generaciones a largo plazo y que el profesor Luis López de Mesa pertenece a la generación del centenario.

Los sociólogos norteamericanos han observado que en Estados Unidos se opera una transformación trascendental cada treinta años. Ellos buscan la explicación en las cifras, y quizá podrían desentrañarla mejor si la persiguieran en los textos de enseñanza y descubriesen que a cada época le corresponde una orientación escolar en la que han tenido honda influencia un individuo o un grupo de individuos.

El impulso que éste o éstos marquen a la labor cultural plasma el medio ambiente, gracias a la analogía que existe entre la ruta mental y la realidad económica. Luego sigue un período estacionario, que da fisonomía a una de esas «épocas», hasta que un nuevo criterio venga a revolucionarlas de acuerdo con el sistema de saltos que anotó Hugo de Vries en el proceso bioló-

Nos parece oportuno publicar con ocasión de la visita de López de Mesa a nuestro país, el interesante juicio crítico que sobre el libro *Como se formó la Nación Colombiana*, escribió el distinguido publicista colombiano Luis E. Osorio.

gico (Teoría de las Mutaciones) y que los marxistas aplican paralelamente al progreso social.

La generación del centenario que pudiera llamarse también entre nosotros la de la post-guerra, tiene características inconfundibles, que en sus rasgos fundamentales cobijan a todos los intelectuales que se consideran ligados a ella. También la vemos ejercer un dominio casi absoluto en la vida mental y económica del país, desde comienzos del siglo hasta nuestros días.

Como su misión está prácticamente cumplida, la muchacha que aun no comienza a construir dirige sus dardos críticos contra los mentores de seis lustros, y quisiera fulminarlos de un golpe.

¿Injusticia?... ¿Ingratitud?

Quizá esto sea apenas el síntoma de que las cosas cambian bruscamente, aunque de ello no se den cuenta los viejos, sino apenas los jóvenes que aspiran a que la civilización comience con ellos.

Permítaseme condensar las características de la generación del centenario.

Fué ella quien recogió las dolorosas experiencias de nuestra última guerra civil, y por lo tanto, de un siglo de guerras civiles durante el cual nos agitamos con mayor o menor idealismo para buscar, según concepto de Cecil Jane al referirse a la América Hispana, «el máximo de libertad dentro del máximo de eficacia gubernativa».

Los que alcanzaron a sentir el fracaso de la última revuelta—fracaso de Palonegro lo mismo que de Peralonso—y se dieron cuenta de que los hechos de armas tenían en nosotros la inercia de la epopeya libertadora, pero no respondían a la índole estática de un pueblo montañoso y paracitado, declaráronse por el pacifismo, por la reforma serena, por la conquista del progreso a través de la controversia y el parlamentarismo.

Del brillo de las espadas, pasaron al de las palabras, y se

hicieron parnasianos. Al cañonazo le sucedió la metáfora. Y como el dogma se había entronizado con abrumadora fuerza reaccionaria, resolvieron buscar, para sus anhelos, el punto de menor resistencia—aquí los principios de sociología mecánica que preconiza Jorge Alvarez Lleras, como continuador del sabio Garavito—y se armaron de convencionalismos antes que de análisis.

En la brillante generación, hay hombres que pertenecen a ambos partidos históricos. Unos y otros tendieron al término medio, reservándose cada cual para sí la modalidad, la «nuance» de sus expresiones partidistas. Al reunirse un congreso, los unos comenzaban siempre sus discursos proclamando sumisión a la sede apostólica, y los otros negándose a enviarle al arzobispo un saludo de cortesía. Al entrar en polémica, hacían bellos e inflados debates en los que la forma tenía algo de ritual y la entonación de la voz algo o mucho de sacerdotal aun en los más radicales. Con qué gusto faltábamos a clase algunos chicos de entonces, para presenciar esas tragedias que nos suplían la ignorancia de Esquilo y Sófocles, y aun del mismo Aristófanes...

No digamos, empero, que la táctica de aquellos hombres era errónea.

Los centenarios pecaron más bien por realistas, y han sido hábiles artífices de su pueblo.

A base de retórica, de anticlericalismo verbal y de conservatismo casi unánime, se llegó a obtener el fruto de la reforma constitucional de 1910.

La generación se cohesionó por medio del republicanismo, manifestando el anhelo de que los exponentes de uno y otro bando se uniesen ya políticamente en torno a una sola bandera.

Una de las transacciones de los conservadores fué la que nos llevó a la absoluta libertad de prensa. A cambio de este plato de lentejas, los liberales vendieron su derecho de primogenitura, el más bello título histórico que les diera la vida republicana:



la comprensión al ideal de Bolívar, que trató de cristalizarse en el artículo noventa de la Constitución de Rionegro.

La verdad es triste, pero conviene recalcarla. Ni en las universidades liberales, ni en las conservadoras se volvió a tratar desde 1886, ya fuese como una simple materia de curiosidad científica, el problema internacional a la manera bolivariana. Jacob pidió eso para sí con el objeto de devorarlo, y Esaú, el hambriento Esaú, que se había dado cuenta de lo poco dinámica que es la montaña para los hechos de armas, se asió a las lentejas de la prensa libre.

El trueque fué malo por unos aspectos y bueno por otro.

La prensa libre ha sido en Colombia durante treinta años la única universidad que llega a las masas. En cambio, el localismo, que se conformó con envolver a Colombia, como a una virgen jurídica, en la muralla china de tratados que no han sabido respaldarse con realidades económicas y culturales, es lo que nos ha llevado a rodearnos de antipatías, mejor que de pueblos hermanos, y a contemplar lo mismo ante el Amazonas que ante el Orinoco el fantasma de la guerra.

Si vamos a sacar en limpio la obra constructiva de la generación del centenario, tendremos que reconocerle su sentido realista, su viraje hacia la retórica para apartarnos de la pólvora, y su común acuerdo para sustituir con el periodismo la falta de escuelas.

Si fuéramos a señalar sus defectos, el capullo natural de defectos que envuelve a la larva de toda transformación, no podremos menos de censurarles su internacionalismo fofo, meramente protocolario, y la manera como ha matado sistemáticamente en la juventud el sano idealismo, la amplitud de miras y el fervor iberoamericano para poner en cambio un sentimiento patriótico que parece, antes que una herencia de los tiempos heroicos, una planta transplantada de los Balkanes, o de cualquier sector europeo, donde se erizan los nacionalismos estrechos.

EL AUTOR

Luis López de Mesa pertenece a la generación del centenario a pesar de sí mismo, porque su temperamento resulta rebelde dentro del grupo.

Entre todos, es el más profundo. Posee además una cualidad mental que tal vez ninguno de los otros demuestra: el poder de síntesis. No huye a la influencia parnasiana del medio, y tiene con verdadero escrúpulo sacerdotal al culto de la forma; pero dentro de ella, como dentro de la casulla forzosa, mete ideas hondas, generalidades trascendentalísimas, y hasta conceptos impopulares.

Esto de la inoportunidad es lo más reñido con la generación del centenario, que sabedora intuitivamente de la pereza andina nunca gusta de vetar los brotes emotivos de la masa, ni de proponerle empresas difíciles.

Cuando la exaltación patriótica del año pasado, Luis López de Mesa fué el único intelectual del centenario que tocó la cuerda de la ecuanimidad y echó mano al antejo de larga vista... ¡Casi lo bañan en la Rebeca!

Llegaba él de Europa en esos días, y algunos «desconectados» le oímos hablar en un café de Cali. En esto el maestro es pródigo. No cambia ideas, sino que las da cuando se improvisa auditorio.

Producía la impresión de un trozo de hielo, arrojando fulguraciones multicolores bajo el calor del tema de actualidad... fulguraciones que los demás nunca darían, porque no eran de hielo... fulguraciones que ponían en claro nuestra realidad social.

Aquello lo saboreaban muchos, más por la forma exquisita, pulcrísima—López de Mesa habla como si escribiera—que por la verdad incontestable.

Alguien se atrevió a decirle:

—Usted es, entre los hombres de su generación, el que ve con más claridad. Si usted supiera llegar a la masa, si tuviera algo de demagogo, se impondría en Colombia, no como simple intelectual, sino como mandatario.

Sonrió, no sé si satisfecho de la lisonja o herido por el desfavor.

¿Oyó?...

Quizá no.

El profesor López de Mesa oye muy poco. No está el oír en su temperamento.

Esta característica, que me hallo lejos de ensartar como un defecto, es lo que hace que el ilustre profesor, al reflejar su proyector sintético, que trata de poner en claro los perfiles esenciales de todo panorama enmarañado y de todo caos, no sea siempre igualmente profundo.

López de Mesa es más un hombre de biblioteca que un hombre de acción. Ama al pueblo, aunque no lo parezca, pero huye el contacto con el pueblo. Cultiva la torre de marfil que también agrada a los hombres del centenario con excepción de las vísperas electorales. Y la cultiva hasta el punto de que en días de elecciones es cuando más se esconde.

De aquí se desprende que su síntesis sea más perfecta, cuando mira al pasado que cuando pretende arrancarle verdades al presente.

La realidad de hoy, que no consta en documentos, sino que requiere el íntimo contacto con todos los hechos y grupos sociales, la visita al chalet y a la buhardilla, el olor del smoking y el de la ruana, aparece ante la mirada sintetizadora del profesor López de Mesa con cierta tonalidad azulina de lejanía, bruñida a la vez por ese optimismo patriótico de los «centenarios», para quienes este mundo es casi el mejor de los mundos; para quienes la crítica nacional, si es acerba, resulta sacrílega.

Nadie mejor que él ha estampado en pocas páginas la epopeya caldense, del hacha y el tesón antioqueños. Nadie mejor

que él ha explicado en pocas frases el espíritu y el alcance de la expedición botánica. Nadie mejor que él ha hecho la crítica de nuestros últimos gobernantes, reaccionando contra el furor y la ampulosidad de Vargas Vila. Su «Introducción a la Historia de la Cultura» es uno de los más sesudos documentos que tiene la bibliografía colombiana para estudiar el alma de Colombia hasta pasar los linderos del siglo XIX.

EL LIBRO

Perdonen los lectores si estas críticas entran algo tarde en materia. Se me ocurre que lo más interesante de un libro no es el libro mismo, sino la personalidad del que lo escribe y el ambiente en que esa pluma se agita. El volumen en sí es una simple consecuencia de lo demás.

Al decirnos «Cómo se ha formado la nación colombiana», López de Mesa nos brinda la madurez que procede de su evolución temperamental dentro de una época, dentro de una generación, dentro de un «modus operandi»; pero a raíz de pensamientos tan profundos y universalistas como los que marcan la arista de «La civilización contemporánea», obra que para muchos tiene cierto sabor spengleriano, pero que posee un don de síntesis que Spengler pudiera envidiar.

He leído el último libro de López de Mesa con la consagración de quien sigue, como estudiante aplicado, el curso de una mentalidad a través de las obras que va ella gestando.

Es una pieza admirable y casi única en nuestra bibliografía.

Se desprende de la mentalidad consagrada en los últimos treinta años; pero trata de marcar derroteros realistas a las nuevas generaciones.

No alcanza a definir nada para el mañana y no acertaríamos a decir si ello es un vacío inconsciente o intencional. El reflector sintético, que pone en claro a todo el siglo diecinueve, se empaña

un poco al querer iluminar a 1934, y a veces hasta extravía un poco la síntesis.

La obra explica prodigiosamente la manera «cómo se ha formado la nación colombiana». El título está ampliamente satisfecho. Quienes desean ver el presente con igual claridad que el pasado no deben estarlo, y marcarán en la última página una admiración para el historiador-sociólogo, al lado de un respetuoso interrogante para el sociólogo moderno.

La forma, que en la «Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia» pasa de un exquisito parnasianismo a un tono simplemente expositivo, en el nuevo libro se mantiene uniforme, logrando que el buril fraseológico triunfe aun al margen de los fríos datos estadísticos, con un léxico pródigo que no persigue exhibicionismos gramaticales, sino mayor diafanidad y concisión de las ideas complicadas.

A veces la palabra es tan certera, y hasta tan eufónica, que el profesor no se conforma con engastarla: le hace una venia de esas que él sabe hacer, y le deja un mimo entre paréntesis... o le cambia, como sensual caricia, una s por una z, haciendo constar que la modificación ortográfica le conmueve, le hechiza, le inspira. Aquí está sintetizado y quitaesenciado el temperamento de los centenaristas.

Otra gran cualidad del libro es su complejidad. En oposición a la tendencia especialista de los europeos, López de Mesa procura ser un erudito y un dominador de todas las facetas de nuestro poliedro sociológico, Raza, geografía, economía, arte, religión, cultura, internacionalismo, universalismo, todo se hilvana allí con la debida eficiencia.

Esta clase de libros es extraña, hasta donde se me alcanza, a la mentalidad nórdica. Allí esto produce cierta impresión de enciclopedismo, que los sabios especializados desdeñan. La razón estriba en el hecho de que en aquel mundo experimental, acumulador y seguidor del detalle, nadie logra detalles, cuando amplía de tal manera el radio de sus observaciones.

Entre nosotros los tropicales, que tenemos en la intuición nuestra facultad primordial, y que nos dormimos sobre el detalle, mirar en todo sentido es, más que un acierto, una consigna social.

Es posible que la obra de López de Mesa no complete su visión poniendo en claro las relaciones, los íntimos lazos que existen entre unos y otros aspectos del problema cósmico, y que no coloque la nexificación sobre la clasificación.

Puede que esto sea ya demasiada exigencia del crítico, que quisiera ver en el maestro López de Mesa al «leader» integral de la época que nace hoy con la inquietud de una muchachada que no ha comenzado aún a construir de acuerdo con sus propios anhelos, y que está huérfana de conductores.

LA ÍNDOLE DE NUESTRO PUEBLO

La resume en una frase lúcida:

«Somos Africa, América, Asia y Europa a la vez, sin grave turbación espiritual».

Al fin hay entre nuestros talentos maduros un sociólogo que reaccione contra la aberración europeizante.

En este capítulo, campea especialmente el psicólogo. Salen a flote la tendencia introspectiva del mestizo, la efusiva y dádiosa del mulato y el sentido métrico del uropeo. Se recapitulan los defectos y cualidades de nuestro hibridismo, y llega el autor a una conclusión alentadora: tenemos grandes cualidades, que nos capacitan para llenar en el mundo una gran misión histórica. Tenemos defectos, pero todos ellos son accidentales, y fáciles de dominar por medio de la empresa educativa.

El hombre, al trasladarse a otro medio, recibe la influencia de los paisajes que le son extraños, pero a la larga los domina imponiéndoles un nuevo plasticismo. Cuando hay compenetración entre el hombre y el nuevo medio, surge un pueblo joven.

Nosotros estamos en camino de ser uno de esos pueblos,

pero no a base de dominación europea, sino de una cósmica complejidad.

No hay allí nada que no sea profundo y alentador.

Sería de desearse apenas que, al estudiar las razas componentes, el autor entrara a considerar siempre al individuo, como la expresión de un todo, como partícula social, plena de influencias atávicas de grupo. Se echa de menos a menudo el por qué de las cosas, que el autor no ignora seguramente, y que bien pudiera sintetizar en una frase. La índole del negro, originario de Africa, y del indio de posible ascendencia asiática, no aparecen tan explicadas, como el europeo que nos trajo el sentido de la medida.

Anuncia con acierto que nuestra cultura propia no será europea ni asiática, y que será «más intuitiva, más generosa y poética, más universal tal vez» que la de nuestros mentores del viejo mundo. Frase es esta de un maravilloso poder sintético, que sabrán apreciar quienes tengan formado un criterio sobre nuestros rumbos americanistas. Lástima que el autor se detenga ahí, y en vez de enfocar mejor aun el problema vacile y diga que «es difícil avanzar una opinión sobre la resultante de la fusión de tantos temperamentos, como hoy conviven en la América latina».

Ya hay al efecto una ruta indicada, que esbozaron nuestros precursores, y que se desprende de las mismas observaciones históricas del libro que venimos comentando.

Pero López de Mesa, demasiado discreto, prefiere velar la actualidad.

EL TERRITORIO DE COLOMBIA

Pocas páginas tan diestras se han escrito en el altiplano respecto a nuestro aspecto geográfico. Tiene aquello no sólo el acierto del resumen, sino cierta movilidad que nos permite

ver claramente la manera cómo el paisaje va cambiando bajo la influencia de la cultura europea.

El estudio geográfico del Nuevo Reino de Granada, hecho hace más de un siglo por Francisco de Caldas, e ignorado desde entonces para casi todos los colombianos es una obra gemela de este capítulo. López de Mesa es más exquisito en la forma y en el concepto evolutivo de la zoología y la agricultura. Caldas le supera en el aspecto antropogeográfico, porque estudió magistralmente antes que los antropogeógrafos europeos, la influencia que ejerce el clima sobre el hombre, y la índole de las mezclas, especialmente la del zambo de los litorales del Pacífico. También es superior Caldas en las descripciones meteorológicas. Todo esto se explica. El profesor López de Mesa ha visto a Colombia sobre las cartas geográficas, la ha viajado con ojos de filósofo, y la ha verificado también como médico en su consultorio. Caldas recorrió el país de un extremo a otro con la ansiedad del naturalista, en contacto más íntimo con la realidad.

Es de extrañarse, empero, que el autor no haya tenido en cuenta ese gran documento de Caldas, que no lo cite, ni se adivine siquiera la consulta.

LOS GRUPOS RACIALES

Este capítulo visto por el aspecto puramente racial, es obra maestra. Casi nada se había hecho hasta ahora para describir la heterogeneidad étnica de la Nueva Granada en lo que a las mezclas se refiere.

Para López de Mesa la cordillera oriental de Colombia tiene sello mestizo y la occidental sello mulato, lo que les imprime diferentes características. Esto sin perjuicio de que en algunos sectores predomine el indígena, en otros el negro, en otros el europeo.

¿Quizá sería más exacto decir que el occidente es, en líneas generales, una mezcla triétnica?

La manera como hace justicia a la intelectualidad que cada región ha producido, sirve para levantar el optimismo respecto a lo que puede llegar a ser la colaboración de todos los sectores, a fin de producir una intelectualidad realmente colombiana.

Hay algunos detalles que se escapan al etnólogo y que saltarían a la simple vista del viajero. La diferencia, por ejemplo, entre el oriente y el occidente de Antioquía, que parece colocar la herencia vascongada frente a la andaluza; y el contraste que hacen las mezclas raciales de la misma Antioquía, bastante híbrida ya en sus clases populares, con la difícil o menos rápida asimilación del negro en el sector caucano. Tampoco considera, que yo recuerde, la influencia del indio atlantiquense en el tipo popular de las ciudades costeñas, a las cuales ha dado rasgos muy peculiares la sangre aborígen. Hasta existen poblaciones donde el aborígen ha absorbido casi por completo el coeficiente africano.

No puedo menos de manifestar absoluto desacuerdo con la afirmación del autor sobre las diferencias raciales en nuestro altiplano. Dice que a principios del siglo XIX el «proletariado» bogotano, y no se diga menos del pueblerino y rural de toda la comarca, era sucio, vicioso, ignorante, lerdo y poco escrupuloso moralmente, existía enemistad de castas muy pronunciada... «Añade que hoy ha desaparecido ese odio totalmente y ha sido reemplazado por un sano criterio de democracia igualitaria sobre la base del respeto recíproco; el pueblo se va contagiando *del gusto por la limpieza* del cuerpo y del vestido que es peculiar del hombre moderno... *La higiene alimenticia, la escuela (?)*, el estímulo social y un nivel económico superior despejaron mucho también las facultades intelectuales, deprimidas y oscurecidas antes».

Algún progreso habrá habido, sin duda alguna; pero qué poco para escribir páginas de tal conformidad. Si de algo adolece hoy nuestra metrópoli es de prejuicios clasistas, de abandono

de las masas, de atraso intelectual del pueblo por falta de campañas higiénicas y culturales.

Ya lo había anotado hace poco un intelectual que nos visitó entre las clases cultas y las clases populares de Bogotá hay un abismo que casi pudiera compararse con el que separa a los brahmanes de los parias.

En esto el profesor López de Mesa ha caído en el clásico conformismo de los centenaristas, que creen vivir en el mejor de los mundos, y que cierran los ojos ante la chiquillada que duerme en las piedras de las aceras, cubriendo sus desnudeces y lacras con papeles de periódicos.

Nótese también en este capítulo el vacío del estudio sanitario. Nuestra raza, por debajo de todos sus matices, es una raza enferma, y especialmente parasitada en sus dos terceras partes. Este es un lastre que elimina energías y que no debe faltar en un estudio general.

Los parásitos intestinales y sanguíneos han jugado en la formación de la nacionalidad colombiana un papel esencial y definitivo, que se extiende ya por ley de relatividad a las costumbres.

LA RIQUEZA NACIONAL

Un admirable comprimido es este, llevado a cabo sobre las pocas estadísticas que poseemos.

¡He aquí la economía política que sueña el Presidente electo!

Nada hay allí que pretenda proyectar teorías extrañas sobre nuestros fenómenos indígenas.

La conclusión que saca el autor es toda una línea de conducta, que podría figurar en la fachada de nuestras universidades y especialmente en la facultad de ciencias sociales.

Colombia ha sufrido grandes vicisitudes en la implantación de una riqueza exportable. Sólo hemos desarrollado sin tropiezos aquellos artículos que no tienen competencia en el exterior,

gracias a las condiciones insuperables en que podemos producirlos.

Esto equivale a afirmar que entre nosotros ha hecho más la geografía que la técnica. La nuestra es una economía a libre crecimiento, sin médula científica para predominar, ni siquiera mantenerse en pie en el concierto universal.

El dato es alarmante, aunque estemos exportando muchos millones de sacos de café.

Paréceme, empero, que el tema económico no ha sido tratado en forma completa. El autor estudia la economía de los productos, y pasa casi por alto el fenómeno de la propiedad en su desarrollo y en sus perspectivas, lo mismo que el motivo ultramoderno de la planificación.

Si mal no recuerdo, se manifiesta más bien algo estancado en los principios de Mánchester, cuando dice que la economía no puede gobernarse, que es hija del caos.

¿Por qué no ha de lograr ella regularse por medio de la conciencia social?

Si el hombre domina el mundo de las bacterias, el de los átomos, el de las más complicadas leyes naturales, ¿por qué ha de estancarse en el de las actividades económicas y declararse impotente para controlarlas?

La misma realidad nos indica en los actuales momentos una tendencia universal para equilibrar la producción con el consumo, ya sea a través del plan quinquenal, de las corporaciones italianas, del estatismo nacistas o del intervencionismo de Roosevelt.

Si por algo sufre el orbe, es por el caos que trajo la libertad de industria y comercio.

Además, en nuestra vida económica hay fenómenos evolutivos que no sólo se vinculan estrechamente a la escogencia de productos, sino que tienen relaciones con las características de raza

Algo dice al respecto el libro, o trata de plantear; pero con

cierto simplismo que no se halla a la altura de su maestría predominante. Al hablar de los antioqueños los califica, por ejemplo, como raza colectivista, frente al individualismo santandereano; cuando los mismos hechos denuncian que Antioquía, el medio más propicio para el socialismo de Estado, es a la vez el más individualista del país, y que los santandereanos, aunque no hayan aún estatizado, demuestran en el plano político fervores colectivistas que el antioqueño no alcanzaría a entender ni a sentir.

EVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL

López de Mesa es el primero que pone en claro dentro de nuestro país la evolución constitucional dentro de la fórmula planteada por Cecil Jane en «Libertad y despotismo en la América Hispana», no como luchas entre los conceptos de unión o separación de la Iglesia y el Estado, o de federalismo y centralismo, sino como lucha idealista de la raza para obtener el máximo de libertad junto con el máximo de eficiencia.

La gráfica constitucional estampada en la página 133 es de mano maestra. De 1794 a 1821, aspiraciones de libertad; de 1821 a 1849 tratamos de reforzar el orden; sigue una reacción hacia la máxima libertad, hasta que tropezamos con la roca del 86 y nos convertimos en protectorado pontificio dentro de un nuevo y más robusto concepto de orden. De entonces para acá hemos venido luchando nuevamente por las libertades.

López de Mesa no cita a Cecil Jane, pero aparecen los dos en un perfecto acuerdo. Sólo que el primero niega la influencia de Francia y Estados Unidos en nuestra vida constitucional, y el autor las admite, más autorizadamente, como veneros sustanciales del republicanismo hispanoamericano.

RELIGIÓN Y RELIGIOSIDAD

Nunca se había tratado de manera tan verídica, y a la vez tan mesurada, el escabroso tema de nuestra orientación religiosa.

Para López de Mesa, y de seguro para todo analista imparcial, no hemos salido aún del totemismo y el tabú, adaptados a los ritos de la religión dominante, y carecemos a la vez de todo espíritu revolucionario en cuestiones metafísicas. Apenas evolucionamos de la fe ciega al escepticismo.

Cree él que los espíritus superiores tienden, al emanciparse hacia un amable panteísmo, o hacia una «estética de la personalidad».

Ojalá que el autor en lo que a religiosidad se refiere, nos hablara en una próxima edición sobre la influencia intensa que en algunos planos de nuestra América ha ejercido el pensamiento oriental, no como simple secta fugaz, ni como acicate de la filosofía, a la manera germana, sino como acicate de la acción. Sería útil también que nos dejara oír su concepto sobre el ímpetu que va adquiriendo la religiosidad del ateísmo que entre nosotros tiene ya hasta sus mártires, y de buena gana levantaría hogueras para quemar teístas y burgueses.

Se le escaparon estas inquietudes contemporáneas.

EMPRESAS CULTURALES

Hace una bella síntesis de la «Introducción a la Historia de la Cultura», extensiva al capítulo sobre arte.

De allí se desprende el paréntesis genial de la Expedición Botánica, que murió fusilada por la guerra de independencia para entronizar de nuevo, sobre los escombros del esfuerzo experimental, el teoricismo de la primera colonia barnizado de república desde la muerte de Caldas hasta nuestros días.

En llegando a la edad contemporánea, el libro da un traspie.

Luis López de Mesa no conoce bien el problema de la cultura popular en Colombia.

Lo ha observado desde su laboratorio, pero no ha ido a pulsarlo en la escuela primaria, en la mentalidad del maestro, en la miseria y las enfermedades infantiles, en la absoluta desorientación de los métodos.

Anota como figuras sobresalientes del movimiento cultural de la masa, al doctor Antonio José Uribe y a Agustín Nieto Caballero. A todos los demás especialistas los clasifica como un coro griego.

Dice además:

«La diferencia entre la obra del doctor Uribe y la de Nieto Caballero no es contradictoria, sino complementaria: Aquél tomó del extranjero una estructura que fuese idealmente armónica. El segundo orientó sus preocupaciones hacia la plena realidad colombiana, la estudió palmo a palmo y a ella aplicó los fundamentos de la escuela activa».

Yo me permitiría invertir el concepto. En la legislación que hizo aprobar el doctor Uribe se hallan más bien algunas orientaciones terrígenas, como la disposición de que en todas las escuelas haya un campo de cultivos y otro de deportes. En cambio la pedagogía de Nieto Caballero, que no entro a calificar en este artículo, se distingue por su empeño en importar métodos europeos, sin consultar previamente nuestra etnología, nuestra economía, nuestra patología, nuestra índole en general.

Germán Arciniegas, a quien López de Mesa clasifica como un acólito de Nieto Caballero, ha marcado rumbos distintos, y ha criticado hasta públicamente varias iniciativas de éste.

Y frente a la tesis de Arciniegas, que quiere tomar como punto de partida la creación de la universidad realmente colombiana, está el criterio opuesto, o complementario más bien, de los que piden la reforma de la escuela primaria como punto de partida y la masa proletaria como el mejor medio para la captación de valores humanos.

En cuanto a las medidas que sugiere el autor para acometer una obra de cultura, no pasan de ser un catálogo de sugerencias interesantes y atinadas, aunque invertebradas. La más accidental de ellas es la que da como fundamental: que se haga una selección de estudiantes de bachillerato—es decir, de alumnos viciados ya por los pésimos sistemas de formar bachilleres—para darles en diez años un doctorado de «clase A» que tendría la especialidad de poder entrar a regir dentro de diez años la transformación nacional.

El que una autoridad científica como el doctor López de Mesa se encuentre de pronto en la necesidad de improvisar conceptos ante el problema básico de nuestra nacionalidad, demuestra hasta qué punto la generación del centenario abandonó ese aspecto que debiera haber sido desde hace mucho el punto de partida de todo estudio sociológico, y la tesis de consagración de todo estadista.

NUESTRA MISIÓN HISTÓRICA

Aquí aparece la mentalidad de López de Mesa en todo su valor sintético al dividir el desarrollo humano en cuatro etapas: la primitiva, la espiritual, la técnica y la sintética.

Nos hallamos, según él, en un período de transición, entre la edad de la técnica y el retorno a las grandes síntesis; y nuestra patria, como resumen que es de todos los aspectos geográficos, étnicos, económicos y culturales de Iberoamérica, es el ambiente predestinado para empuñar el faro de orientación.

Aquí López de Mesa se sale de su generación.

Pretender dilatar a Colombia culturalmente en vez de querer comprimirla, encerrarla como a doncella medioeval y marcarle con cinta métrica su patio solariego, es una tendencia que despierta, pero que padeció catalepsia por medio siglo.

La obra termina con un interrogante.

Es cierto que el título no anuncia fallos sobre la vida contemporánea. Pero el volumen acumula datos y aseveraciones que permiten conjeturar lo que ha de ser nuestro pueblo como fuerza social y como núcleo internacional.

La vaguedad respecto a los fenómenos actuales obedece tal vez al hecho ya anotado de que López de Mesa no combina sus observaciones sobre los diferentes aspectos de nuestra nacionalidad, ni vive en contacto íntimo con los hechos.

Plantea la fórmula, pero no despeja la incógnita.

Es posible que se haya reservado esa labor para el nuevo libro.

Mientras lo lanza, los colombianos tienen en «Cómo se ha formado la nación colombiana» el mejor documento histórico que sobre el particular se ha sintetizado hasta la fecha, y un rico acervo de ideas terrígenas.